Esos brindis que en seguida publicamos, como fueron tomados por taquígrafos, pueden no ser, con nimia exactitud, tales como se dijeron; pero creemos que en muy poco se separen de las frases dichas, y menos todavía de las ideas expresadas.

Sr. PRESIDENTE DE LA REPUBLICA.

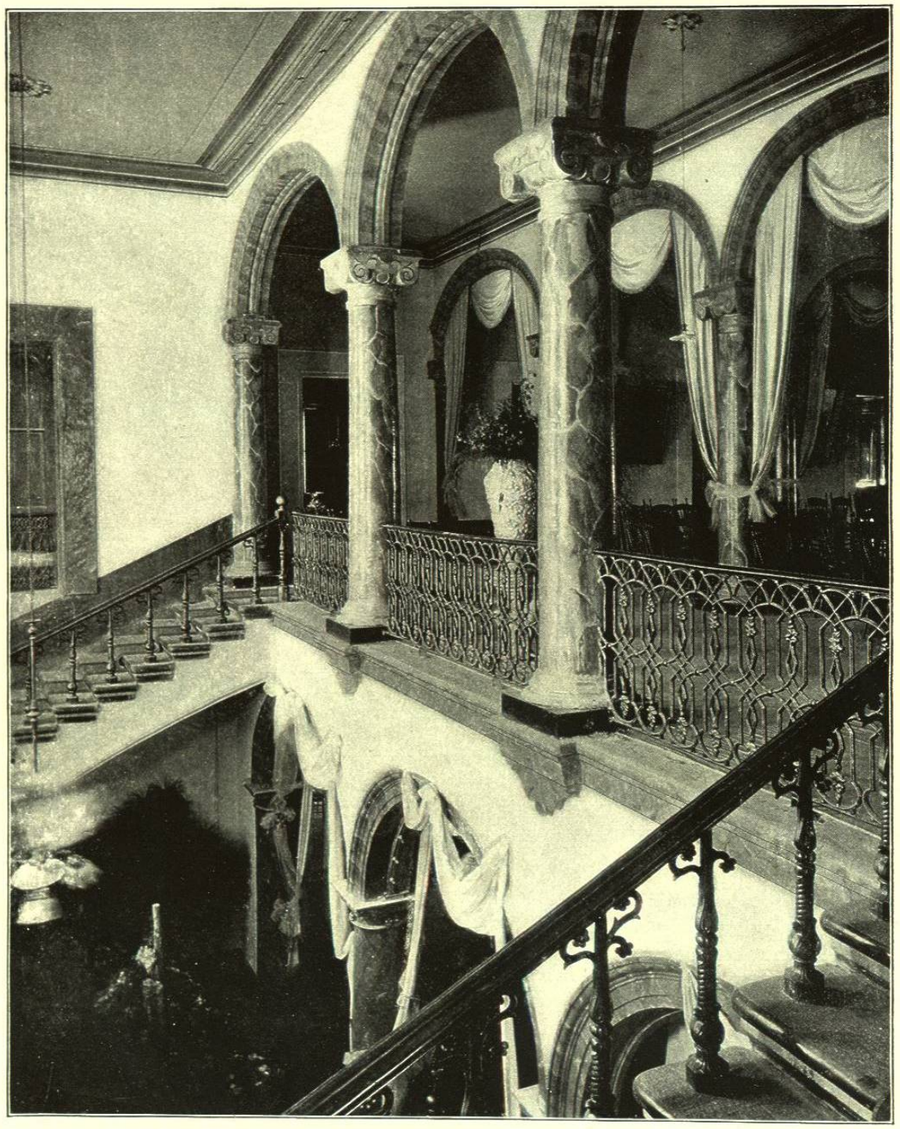
SEÑORES:

A nombre de este Estado heróico en nuestras pasadas luchas, que ha dado hijos tan ilustres en la guerra, como los Generales Escobedo y Zuazua, Treviño y Naranjo; y que es tan amante del trabajo que todo lo engrandece y dignifica; que presenta esparcidos en su territorio talleres y campos cultivados, instituciones bancarias, establecimientos mercantiles y fábricas, en testimonio de su activa laboriosidad incansable; á nombre del Comercio é Industria de esta Capital, cábeme la gran satisfacción de saludar al insigne Sr. Presidente de la República.

Al hacerlo, vienen á mi mente los antecedentes gloriosos de la histórica figura egregia, ante la cual mi salutación elevo. Se dibuja en lontananza el guerrero titán de la Reforma, y la iluminación del fuego de los cañones lo abrillanta y le forma aureola, para presentar en él al héroe de nuestra segunda independencia, que transformado magníficamente en estadista, organiza en calidad de gobernante, una República desgarrada por sesenta y seis años de sangrientas luchas, implanta en ella enérgicamente la paz, y con sábia y moralizadora administración, abre las fuentes de la prosperidad nacional.

Aparece en la arena, intrépido batallador, en 1856, cuando el Plan de Ayutla enciende al país en el vivo fuego de una revolución salvadora, y lucha en cien combates derramando su sangre por la libertad y la reforma.

Viene la época de la intervención, y luce y admira en la batalla que bajo los muros de Puebla, se libra contra el ejército francés, el glorioso 5 de Mayo de 1862. Resplandece con tonos heróicos su figura marcial, en la defensa de esa misma Puebla en 63, y en la campaña que formidable sostiene en Oriente, en la que al fin agobiado por el



CASINO DE MONTERREY---LA ESCALERA.

número y por los múltiples elementos del ejército invasor, sucumbe cayendo gloriosamente prisionero en Oaxaca, para emprender luego atrevida fuga, é incansable, recomenzar la brega tremenda, en aquella grandiosa lucha por la independencia de la Patria!

Ese período de su vida es el más brillante de su épica carrera. Deslumbran en él los grandes, los heróicos hechos; son reguero de estrellas, que se llaman «la victoria de Miahuatlán, la de la Carbonera, de Oaxaca y de Puebla;» Puebla, que después de un ataque asombroso, que hace época en nuestra historia militar, cae en su poder con inmensos pertrechos de guerra, en esa fecha grabada ya en nuestros fastos con caracteres inmortales: el 2 de Abril de 1867. Luego, sin dar descanso á sus tropas victoriosas y ensangrentadas en tantos rudos combates, vuela y rápido triunfa sobre el Lugarteniente del Imperio, Leonardo Márquez, en los llanos de Apam; y aquella Iliada espléndida, tiene su coronamiento excelso, con la toma de la Capital de la República, efectuada por el victorioso jóven General, en 21 de Junio de 1867, día memorable en que volvió á erguirse y para siempre, sobre el Palacio de Moctezuma y de Juárez, nuestra triunfante bandera tricolor.

Desde entónces, la fama del héroe, su fama inmensa, popular, se derramó en luces de gloria por todos los ámbitos del país.

Consumada la reforma, hecha la independencia, México demandaba amplios nuevos derroteros para dilatarse en el porvenir; y vos, Sr. Presidente, tuvisteis la clara visión de los destinos de la Patria, y os lanzasteis á realizarlos. Esos destinos que estaban en la conciencia popular no adivinada, que por instinto os seguía y os rodeaba con sus simpatías constantes, cuando los gobernantes y los servidores del Gobierno, yo entre los últimos creíamos un cataclismo la verificación de vuestros adelantados propósitos.

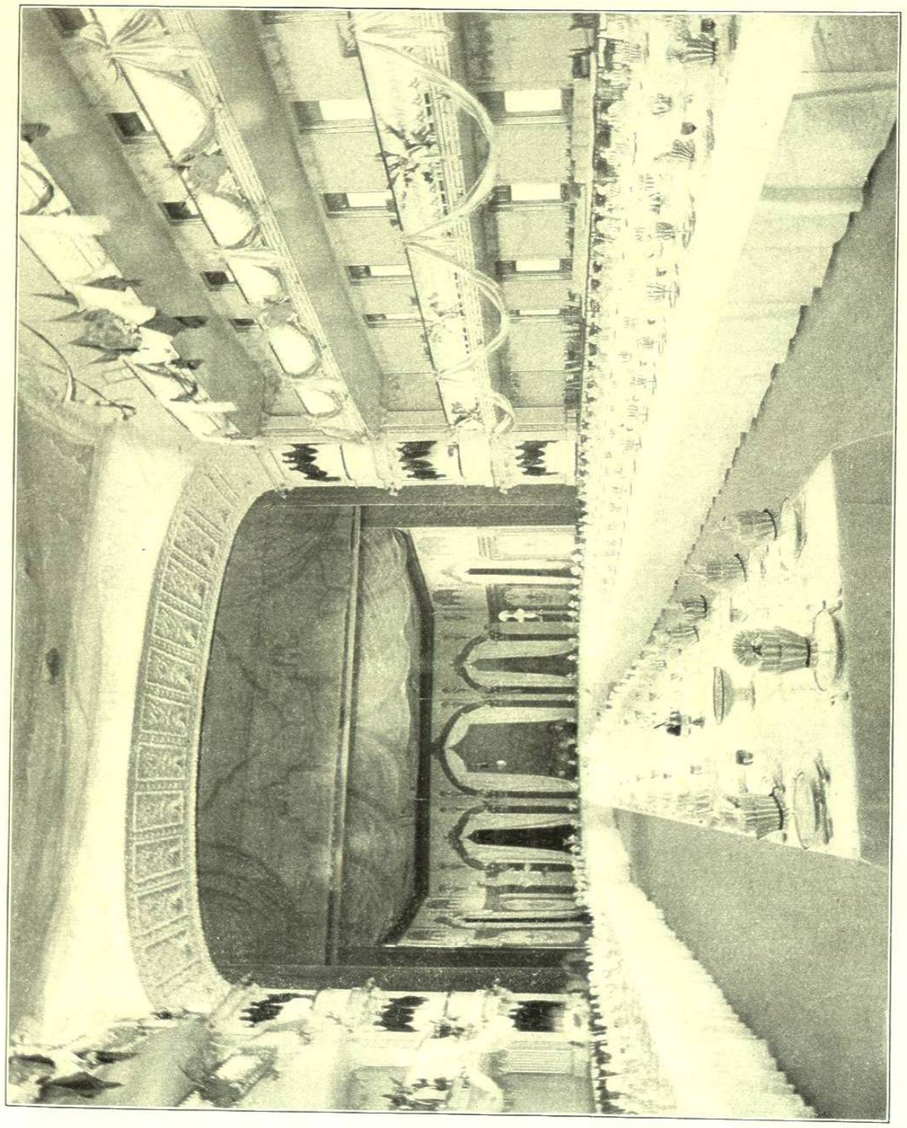
Una lucha de otro carácter se emprendió en el país, inspirada en la ley ineludible del progreso que tiene de evolucionar en las razas viriles; y al fin, desde los campos de Tecoac, vos, el iniciador, el caudillo de aquella azarosa lucha, os dirigisteis triunfante en 1876 á la Capital; fuisteis luego aclamado Presidente de la República, y de entonces acá, parte una grandiosa época nacional.

Recordar vuestra meritísima gestión administrativa, en la que habeis tenido el tino de designar para que os secunden, á Ministros tan eminentes y patriotas como los que hoy nos honran con su visita á esta Ciudad, y con su presencia en esta fiesta; recordar esa magnífica gestión gubernamental vuestra, en México, que se sentía anhelante del bienestar que produce el trabajo, que ha sido el redentor de todas las servidumbres, el dignificador de la humanidad; recordarla, señor, es

amontonar hechos grandiosos en lo infinito de las gloriosas remembranzas: es ver al monstruo de la anarquía, que viviera sorbiendo la sangre, y con ella las fuerzas vitales de nuestra Patria desgarrada, caer muerto para siempre á vuestros piés: es ver armónicamente unificarse la acción, antes anárquica ó dispersa, de las entidades federales, para consolidar la Patria común: es ver extenderse en nuestro territorio, como al contacto de una vara mágica, 38,000 kilómetros de alambre telegráfico, 12,000 de vías férreas, con sus apéndices, que son puentes, caminos y calzadas; amplio sistema de transporte y comunicación, en que activa empezó á circular la vida nacional, estimulándose la producción, desbordándose el comercio al que abristeis y mejorasteis puertos con obras gigantes, como las de Tampico y Veracruz: es mirar aparecer una constelación de faros en nuestras costas; concluirse entre otras, una de las más grandiosas obras verificadas por el hombre actual, á gran costo brevemente terminada, la obra colosal del desagüe del Valle de México, maravilloso monumento de que puede enorgullecerse la generación en que alentamos: es estimar el fomento que directamente habeis imprimido á las industrias madres, la agricultura y la minería: es gozar contemplando encenderse el espíritu de las nuevas generaciones, en las vívidas fulgurantes luces, que la moderna instrucción pública derrama: es ver, de modo consolador, crecer la moralidad en el garantizador Ramo de Justicia; multiplicarse activo y anheloso el trabajo constante en todo lo que tiende al mejoramiento del ejército: es admirar vuestra brega coronada de éxitos en el Ramo de Hacienda; veros en medio de las abrumadoras catástrofes financieras, levantaros radiante, trayendo en vuestras manos la restauración del Monte de Piedad, el arreglo de las deudas interior y exterior; el del pago de los inmensos créditos ferrocarrileros, la abolición de las alcabalas, y por último, el brillante resultado sin ejemplo en nuestra historia, el equilibrio de nuestros ingresos y egresos, que llevó al fin un excedente de millones á la Tesorería General. Con esa financiera lucha gigante, ampliasteis la base de la prosperidad nuestra, y elevasteis ante el universo mundo, el antes aniquilado crédito nacional.

En resúmen, para apreciar en conjunto vuestra asombrosa labor, basta recordar el triste México proceloso del pasado, y luego contemplar al México de hoy, al que habeis regenerado, trabajando en paz con su creciente comercio, sus industrias, sus vías de comunicación y su crédito con amplias relaciones en el exterior; contemplarlo considerado por todos los pueblos cultos, y mirarlo magestuosamente marchar glorioso al cumplimiento de sus altos destinos en la humanidad.

¡Qué epopeya! y qué grandioso el guerrero heróico, el patricio,



EL BANQUETE EN EL TEATRO JUAREZ.
VISTA DE LA SALA, TOMADA DESDE LA PUERTA DE ENTRADA.

estadista sin segundo en nuestra historia, que deja en la carrera de su vida, por rastro esplendoroso, la realización de tantos actos y tantas obras inmortales.

Siempre tendreis en vos, para satisfacción vuestra, la divinizadora fruición sublime del alma que se eleva.

Os rodean el respeto y el amor de vuestros conciudadanos, y sois objeto de admiración universal; pero aún no están considerados en toda la plenitud de su magnificencia, vuestro heroísmo y vuestras tareas anhelantes; es necesario que se aleje esa perspectiva, para poder contemplar su grandeza: en el brillante inmenso mármol de la inmortalidad, el sereno buril de la historia levantará el pujante enérgico relieve, y entonces se destacarán ante la posteridad agradecida, en toda su radiante magestad, los nobles sacrificios y gloriosas acciones que habeis consagrado á la Patria.

Y cuando vos, que sois el símbolo de tantas altezas; que personificais el bienestar y progreso de la República, hasta haber llegado á llamarse el bienestar y progreso nacionales, PORFIRIO DIAZ; cuando vos honrais con vuestra visita á Nuevo León, á su Capital, ella alborozada se estremece al recibiros, y os da por mi boca las gracias por vuestra presencia, y más cuando en la ilustre comitiva que os acompaña, figuran los Secretarios de Estado de Gobernación y de Hacienda, de Justicia y de Comunicaciones y Obras Públicas.

Por todo ello, por tanta honra como nos dispensais, en nombre y representación del Estado, os doy con efusión la bienvenida.

Y vosotros que me escuchais, Señores, que representais la Administración Pública, lo más granado de la sociedad con sus ilustraciones, su industria y su comercio; que os habeis empeñado, especialmente los que formais la Comisión de Obsequio, en que recibamos del modo que merece, dentro de nuestras posibilidades, á PORFIRIO DIAZ, (permitidme Sr. Presidente, designaros así con vuestro altísimo prestigioso nombre), tened á bien alzar vuestras copas, y brindad conmigo, porque él, que es prez y orgullo de la Patria, defensor en grado heróico de sus libertades y de su independencia, autor de sus magnos preciados adelantos, hacedor de la época más hermosa de su historia, está con nosotros y entre nosotros; por la gratitud que Nuevo León, como todos los Estados de la República le debe; y por su grandeza inmortal y por su gloria.